

los bailes públicos, que llaman aquí Casa de la ciudad. Algunos grupos de habitantes de la población, emocionados por los rumores que circulaban, hablaban quedito bajo las ventanas. Los proscritos llegaban por todas partes.

Cuando yo entré estaban ya reunidos casi todos.

Se hallaban diseminados por los dos grandes compartimientos de la sala y cuchicheaban gravemente entre sí.

Hubert había venido a visitarme en Bruselas y en Jersey; pero yo no guardaba recuerdo alguno de ese hombre. Cuando entré, dije a Heurtebise:

—¿Dónde está Hubert?

—Detrás de usted—me respondió Heurtebise.

Me volví y vi, sentado a una mesa, recostado contra la pared, por el lado de la calle, bajo la ventana del centro, con una pipa ante sí y el sombrero puesto, a un hombre como de cincuenta años, colorado, picado de viruela, con cabellos muy blancos y bigotes muy negros. Tenía los ojos parados y tranquilos. De vez en cuando, se levantaba el sombrero y se enjugaba la frente con un gran pañuelo azul.

Llevaba paletó pardo, abrochado hasta la barba. Ahora que sabía quién era, le encontraba cara de guardia municipal.

Iban y venían delante de él, junto a él, al lado de él, hablando de él.

—Ahí está ese cobarde—decía uno.

—Hé ahí ese bandido—decía otro.

El oía esas palabras pronunciadas en voz alta, y miraba a los que hablaban absolutamente igual que si hablasen de otro.

Aunque la sala, adonde sin cesar llegaban nuevos individuos, estuviese llena, había un hueco en torno de él. Estaba solo en aquella mesa y en su banco. Cuatro o cinco proscritos, de pie en las esquinas de la ventana, le guardaban. Uno de ellos era Boni, que nos enseña a montar a caballo.

Estaban casi todos los proscritos, aunque la con-

vocatoria se había hecho a toda prisa de noche, cuando la mayoría estaba acostada y dormida. Sin embargo se notaban algunos ausentes. Pedro Leroux, después de asistir al primer choque de Hubert y los proscritos, se había marchado y no volvió, y de toda su numerosísima familia—que llaman aquí «la tribu Leroux»,—no había en la sala más que un solo miembro, Carlos Leroux. Estaba también ausente la mayor parte de los que entre nosotros llamamos «los exaltados», y, entre otros, Seigneuret, el autor del manifiesto llamado *de la comisión revolucionaria*.

Habían ido en busca de la comisión que llevó a cabo las investigaciones. Esta llegó. Mathé, que salía de la cama, parecía aún muy dormido.

Entre los refugiados presentes, un anciano, envejecido en las conspiraciones, estaba acostumbrado a esa clase de procesos sumarísimos entre proscritos en las catacumbas, especie de sesiones de tribunal véhmico en donde el misterio no excluye la solemnidad y donde más de una vez se han pronunciado sentencias horrorosas, de todas sancionadas y de algunas ejecutadas. Ese anciano era Cahaigne. Viejo de cara, joven de corazón, con barba gris y cabellos blancos, republicano con cara de cosaco, demócrata con modales de aristócrata, poeta, hombre de mundo, hombre de acción, combatiente de las barricadas, veterano de las conspiraciones, Cahaigne es una figura.

Le gritaban: Presida usted. Y le dieron por secretarios a Jarassé, que pertenece a la sociedad llamada la *Fraternidad*, y a Heurtebise, de la sociedad denominada *Fraternal*.

Esa *Fraternidad* y esa *Fraternal* no viven fraternalmente.

Se abre la sesión.

Prodúcese gran silencio.

En ese momento la sala presenta extraño aspecto. Debajo de los techos de los dos compartimientos iluminados cada uno, y muy escasamente,



por dos mecheros de gas, agrupábanse, sentados, de pie, acurrucados, acodados, en bancos, en sillas, en taburetes, en mesas, en los alféizares de las ventanas, algunos cruzados de brazos, recostados contra la pared, muy pálidos, graves, severos, casi siniestros, los setenta proscritos de Jersey. Llenaba los dos compartimientos de la sala, dejando únicamente en el de las tres ventanas que daban a la calle, un pequeño espacio libre, ocupado por tres mesas: la mesa próxima a la pared, en donde está Hubert solo; otra mesa muy cerca de ésta, en la que se hallaban Cahaigne, Jarassé y Heurtebise; y, enfrente, otra más pequeña, rodeada de los miembros de la comisión, y en la que había puesto el atestado Rattier, el ponente. Detrás de esa mesa, ardía una chimenea llena de carbón de piedra, en la cual hervía rumorosamente no sé qué caldero, que un mozo de café vigilaba de cuando en cuando. En el manto de la chimenea, debajo de un rastel cargado de pipas, entre un montón de enormes carteles procedentes de los proscritos, entre el anuncio de Carlos Leroux que recomendaba su taller de encuadernación y el rótulo de Ribot que inauguraba la sombrerería del «Sombrero Rojo», se exponía, pegado con obleas, el letrero en que se pedía una información y «rápida justicia», firmado por Hubert.

Yo, con Ribeyrolles y mis hijos, estaba sentado en el rincón próximo a la chimenea.

Algunos proscritos fumaban, quién en pipa, quién un puro. Esto producía en la sala poca luz y mucho humo. Lo alto de las ventanas, en forma de guillotinas, según la moda inglesa, estaba abierto para que pasase todo ese vapor.

La sesión dió comienzo con el interrogatorio de Hubert. A las primeras palabras, éste se quitó el sombrero. Cahaigne le interrogó con gravedad algo teatral; pero, fuera cual fuere el acento, sentíase un fondo lúgubre y serio.

Hubert dió sus dos nombres: Julián Damasceno.

Hubert había tenido tiempo de recobrar su presencia de ánimo. Respondía con precisión y sin turbarse. En cierto momento, como le hablaran de su regreso por el departamento del Eura, rectificó no sé qué error de Cahaigne diciendo:—Dispensen ustedes, Louviers está en la ribera derecha, y Andelys en la izquierda.—Por lo demás, nada declaró.

Concluido el interrogatorio, se pasó a la lectura de los atestados de la comisión encargada de testimonios y documentos.

Esta lectura, comenzada en la más profunda calma, originó un rumor que iba creciendo al paso que los hechos aparecían más negros y más odiosos. Oíanse estos murmullos ahogados:—¡Ah! ¡qué miserable! ¡qué canalla! ¿Cómo no estrangulan inmediatamente a ese ganapán?

En medio de ese continuo torrente de imprecaciones, el lector se veía obligado a alzar la voz. Rattier era el que leía. Mathé le iba dando los documentos. Beauvais le alumbraba con una vela de sebo en un candelero de hierro. El sebo se escurría gota a gota sobre la mesa.

Después de leídas las declaraciones de los testigos, Rattier anunció que llegaba al documento decisivo. Tornó el silencio, un silencio febril, inquieto, absoluto. Carlos me dijo en voz muy baja:—Se oíría volar una mosca.

Rattier leyó la carta de Hubert a Maupas.

En tanto que duró la carta, contuviéronse los reunidos; los puños se crispaban; algunos se mordían el pañuelo.

Leída la última palabra, gritó el viejo Fombertaux:

—¡La firma!

Rattier dijo:—Firmado Hubert.

Aquello fué espantoso.

Estalló la explosión. El silencio no había sido más que expectación mezclada de no sé qué indecisión para creer semejante cosa; algunos habían



dudado hasta entonces, diciendo:—¡No es posible! Pero cuando apareció la carta, escrita por Hubert, fechada por Hubert, firmada por Hubert, evidente, real, incontestable, ante los ojos de todos, en manos de todos, el nombre de Maupas escrito por Hubert, la convicción cayó como un rayo sobre la asamblea.

Los rostros volviéronse a Hubert furiosos; algunos se encaramaron a los bancos; puños amenazadores levantáronse contra él; aquello fué como un frenesí de dolor y rabia; terrible luz invadió todos los ojos.

Se oían estos gritos:—¡Infame!—¡Ah! ¡Qué miserable, Hubert!—¡Oh! ¡El bandido de la calle de Jerusalén!

Fombertaux, cuyo hijo está en Belle-Isle, gritó:—¡Ved ahí los granujas que nos están vendiendo hace veinte años!

—¡Sí—dijo otro,—y gracias a esos miserables, están los jóvenes en los calabozos y los viejos en el destierro!

Un proscrito, cuyo nombre ignoro, joven y rubio, subióse a una mesa, mostró a Hubert, y gritó:—¡Ciudadanos, muera!

—¡Muera! ¡Muera!—repetieron muchas voces.

Hubert empezaba a mirar en torno suyo con aire extraviado.

El mismo joven prosiguió:

—Tenemos a junó; que no se nos escape.

Otro gritó:—Arrojémosle al Sena.

Oyóse una carcajada siniestra.

—¿Te crees aún en el Pont-Neuf?

Y continuaron:—¡Al mar el espía, con una piedra al cuello!

—¡Echémosle a la colada!—dijo Fombertaux.

Durante el tumulto, Mathé me había entregado la carta de Hubert, y yo la examinaba con Ribeyrolles. Estaba escrita, en efecto, en la segunda página de una carta de familia, con letra algo alargada, clara, legible, con algunas raspaduras, toda

ella de mano de Hubert. Debajo de ese borrador, por una costumbre de hombre iletrado, había firmado su nombre con todas sus letras.

Cahaigne reclamó silencio; pero el tumulto era indescriptible. Todos hablaban a la vez; aquello era como una sola alma que profiriese por sesenta bocas la misma maldición al miserable.

—¡Ciudadanos—gritó Cahaigne,—vosotros sois jueces!

Estas palabras bastaron. Todos callaron; las manos levantadas, descendieron, y cada cual, cruzando los brazos o apoyando los codos contra las rodillas, volvió a su sitio con cierta dignidad lúgubre.

—Hubert—dijo Cahaigne,—¿reconoce usted esta carta?

Jarassé presentó la carta a Hubert, quien respondió:—Sí.

Cahaigne prosiguió:—¿Qué explicaciones tiene usted que dar?

Hubert permaneció en silencio.

—¿Es decir—prosiguió Cahaigne,—que se declara usted espía?

Hubert levantó la cabeza, miró a Cahaigne, dió un puñetazo en la mesa y dijo:—¡Eso no!

Corrió un murmullo como un estremecimiento de cólera. La explosión, que sólo estaba suspendida, se halló a punto de empezar otra vez; pero, como se vió que Hubert seguía hablando, renació el silencio.

Hubert declaró, con voz sorda y temblona, pero que tenía cierto acento de firmeza y, cosa triste de decir, de sinceridad: Que él nunca había hecho daño a nadie; que él era republicano; que moriría diez mil veces antes que hacer caer por su culpa «un cabello de la cabeza de un republicano; que, si había habido detenciones en París, él era inocente de ellas; que no se había reparado bastante en la primera carta escrita al prefecto del Eura; que, en cuanto a la carta de Maupas, ésta era un borrador, un proyecto; que la había



escrito, pero no enviado; que más adelante se sabría la verdad, y que entonces se arrepentirían; que, respecto al tomo *La República imposible por causa de los republicanos*, lo había escrito asimismo; mas no lo había publicado.

De todas partes gritaron:

—¿Dónde está?

El respondió con calma:—Lo he quemado.

—¿Es eso todo lo que tiene usted que decir? —preguntó Cahaigne.

Hubert dijo que no con la cabeza; luego, prosiguió:

No debía nada a Melania Simón; los que le habían visto dinero se habían engañado; el ciudadano Rattier se equivocaba; él, Hubert, nunca había entrado en el estanco de Hurel; sus pasaportes eran la cosa más sencilla del mundo; estando «indultado», tenía derecho a ellos; había devuelto los cincuenta francos a Rioteau, de Angers; él era un hombre honrado; nunca había tenido billetes de Banco; el dinero que había gastado se lo había mandado su mujer, en total unos ciento sesenta francos; había hallado al ciudadano Boisson en París, en una fonda; así supo sus señas; si quería llevar proscritos a París, era para derrocar a «Badinquet», no para entregar a sus amigos; si los gendarmes le habían dejado circular por Francia, no tenía él la culpa; «en definitiva», había en todo esto una inteligencia entre algunos para perderle, y todos eran víctimas de esa inteligencia.

Repitió dos o tres veces, sin que se supiera a que se refería esta frase:—El carpintero que ha construido el doble fondo, está ahí para decirlo.

—¿Es eso todo?—preguntó Cahaigne.

—Sí—dijo Hubert.

Un estremecimiento acogió esa afirmación, habían escuchado las explicaciones; pero éstas nada explicaban.

—Tenga cuidado—añadió Cahaigne.—Usted mis-

mo es el que nos ha dicho que le juzguemos. Podemos condenarle.

—¡Y ejecutarle!—gritó una voz.

—Hubert—prosiguió Cahaigne,—corre usted todos los peligros del castigo. ¿Quién sabe lo que va a ser de usted? Ande con ojo. Desarme a sus jueces por una declaración. Nuestros amigos están en manos de Bonaparte; pero usted está en las nuestras. Haga revelaciones, ilústrenos. Ayúdenos a salvar a nuestros amigos, o está usted perdido. Hable.

—Ustedes son—dijo Hubert, alzando la cabeza—ustedes son quienes pierden a «nuestros amigos» de París, pronunciando sus nombres muy alto como lo hacen ustedes en una asamblea (y paseó la vista por la asamblea) en donde hay, indudablemente, «espías». No tengo más que decir.

Esta vez recomenzó la explosión, y con tal furia, que pudo temerse que pasase de las palabras a los hechos.

Gritos de: ¡Muera! salieron de nuevo de muchas bocas irritadas.

Entre los proscritos, había un zapatero de Niort, antiguo suboficial de artillería llamado Guay, comunista fanático, por lo demás obrero excelente y honrado, hombre de larga barba negra, tez pálida, ojos hundidos, palabra lenta, apostura grave y resuelta. Se levantó y dijo:

—Ciudadanos, parece ser que se querría condenar a Hubert a muerte. Esto me extraña. Olvidáis que estamos en un país que tiene leyes. Estas leyes, no debemos violarlas, no debemos intentar nada que sea contrario a ellas. No obstante, hay que castigar a Hubert, por una parte, por lo pasado y, por otra, para lo porvenir, imprimirle un estigma imborrable. Por consiguiente, a fin de no hacer cosa alguna fuera de lo que permiten las leyes, he aquí lo que propongo: Vamos a coger a Hubert, y cortarle el pelo y el bigote, y, como los cabellos y bigotes vuelven a salir, le cortare-



mos un centímetro de la oreja derecha. Las orejas no crecen.

Esta proposición, enunciada con el tono más grave y el acento más convencido, terminó con esa lúgubre carcajada que volvía a ratos y que como un horror más, se mezclaba al terror de la escena.

Cerca de Guay, a la entrada del segundo departamento, al lado del doctor Barbier, había un proscrito, sentado, llamado Avias. Avias, suboficial del ejército de Oudinot, había desertado ante Roma, no queriendo, él, republicano, derrumbar una república. Fué aprehendido, juzgado por Consejo de Guerra y condenado a muerte. La víspera de la ejecución logró fugarse. Se refugió en el Piamonte. El 2 de diciembre franqueó la frontera y agregóse valerosamente a los republicanos de Var, armados contra el golpe de Estado. En una escaramuza, una bala le rompió el tobillo; sus amigos se lo llevaron con gran trabajo y hubo que amputarle el pie. Expulsado del Piamonte, fuése a Inglaterra, y después a Jersey. A su llegada, vino a verme; algunos amigos y yo le dimos socorros, y acabó por hacerse tintorero y por vivir.

Avias parecía haber conocido mucho a Hubert. Durante todo el rato que duró la lectura agitábase y gritaba:—¡Ah! ¡canalla!... ¡Y pensar que él me decía: ¡Luis Blanc es un traidor! ¡Victor Hugo es un traidor! ¡Ledru-Rollin es un traidor!

Así que se hubo sentado Guay, Avias se levantó y subióse al banco, luego a la mesa.

Avias es un hombre de treinta años, de elevada estatura, con faz colorada y ancha, sienes abultadas, ojos arrás de la cabeza, boca grande, acento provenzal. Con mirada furiosa, con los puños negros de tinte, con el pie de menos que le hacía vacilar sobre la mesa, nada había más salvaje que ese gigante de gritos roncós cuya cabeza tocaba al techo.

Gritó: — ¡Ciudadanos, nada de eso! Acabemos.

Contémonos y echemos suertes para decidir quién haya de dar el golpe de gracia a ese bribón. Si nadie quiere, yo me ofrezco.

Alzóse un clamor de adhesión:—¡Todos! ¡todos!

Un hombrecillo joven, de barba rubia, que estaba sentado delante de mí, dijo:—Yo me encargo de él. Mañana por la mañana, estará muerto el espía.

—No, no—replicó otro, en el rincón opuesto.— ¡Aquí estamos cuatro que nos encargaremos de él!

—Sí—añadió Fombertaux, tendiendo el puño hasta la cabeza de Hubert.— ¡Justicia a ese miserable! ¡Muera!

No surgía ni una protesta. El mismo Hubert, aterrizado, bajaba la cabeza y parecía decir:—Es justo.

Yo me levanté y dije:

—Ciudadanos, en un hombre a quien alimentabais, a quien sosteniais, a quien amabais, acabáis de hallar un traidor. En un hombre que tomabais por hermano, acabáis de hallar un espía. Ese hombre lleva puesto aún el vestido que le habéis comprado, y en los pies lleva el calzado que le habéis dado. Estáis con el temblor de la indignación y del dolor. Yo comparto esa indignación; comprendo ese dolor. Pero, tened cuidado. ¿Qué son esos gritos de muerte que oigo? En Hubert, hay dos seres, un espía y un hombre. El espía es infame; el hombre es sagrado.

En esto me interrumpió una voz, la voz de un buen muchacho llamado Cauvet, que es rico y a veces borracho, y que abusa de ser partidario de Ledru-Rollin, para mostrarse fanático de la guillotina. Reinaba silencio. Cauvet dijo a media voz:

—¡Ah! sí, eso es. ¡Siempre dulzura!

—Sí—dije yo,—dulzura. Energía por un lado, dulzura, por otro: he ahí las dos armas que quiero poner en manos de la república.

Proseguí:

—Ciudadanos, ¿sabéis lo que os pertenece en Hu-



bert? El espía sí, el hombre no. El espía es vuestro, el honor del traidor, el nombre del traidor, su persona moral. Tenéis derecho a hacer de él lo que os plazca; tenéis derecho a triturarlo, a desgarrarlo, a pisotearlo; sí, tenéis derecho a hollar bajo vuestros pies el nombre de Hubert, y a sepultar sus odiosos jirones en el fango. Pero, ¿sabéis a qué no tenéis el derecho de tocar? Pues a un cabello de su cabeza.

Senti la mano de Ribeyrolles que me estrechaba la mía; continué:

—Lo que los señores Hubert y Maupas acaban de intentar aquí, es monstruoso: hacer alimentar un espía por nuestra pobre caja indigente, mezclar en el mismo bolsillo el billete de Banco de la policía y el dinero fraternal de los proscritos, echarnos a los ojos nuestros limosna para cegarnos, hacer que los hombres que nos sirven en Francia sean detenidos por el hombre que alimentamos en Jersey, perseguir la proscripción con la emboscada, no dejar ni aun el destierro tranquilo, atar los hilos de una trama infame a las más santas fibras de nuestro corazón, traicionarnos y robarnos al mismo tiempo, espiarnos y vendernos. ¡He ahí la masa en que acabamos de coger las manos de la policía imperial!

«¿Qué debemos hacer? Publicar los hechos, tomar por testigos a Francia, a Europa, a la conciencia pública, a la probidad universal, acer decir al mundo entero: ¡Eso es infame! Por triste que sea el descubrimiento, la ocasión es buena. En este asunto, toda la ventaja moral recae en los proscritos, en la democracia, en la república. La situación es excelente. No la echemos a perder.

»¿Y sabéis cómo la echaríamos a perder? Equivocándonos sobre nuestro derecho, portándonos como los venecianos del siglo dieciséis, en vez de conducirnos como franceses del siglo diecinueve, procediendo como el consejo de los Diez, matando al hombre.

»En principio, nada de pena de muerte, os lo recuerdo, ni contra un espía ni contra un parricida. De hecho es absurdo.

Tocad a ese hombre, heridle, pegadle tan sólo, y mañana la opinión, que está por vosotros, se volverá contra vosotros. La ley inglesa os cita a su tribunal. De jueces, os tornáis en acusados. Hubert desaparece, Maupas desaparece, y ¿qué queda? Vosotros, proscritos franceses, ante un jurado inglés.

»Y en vez de decir: ¡Ved la indignidad de esa policía!, se dirá: ¡Ved la brutalidad de esos demagogos!

»Ciudadanos—añadí extendiendo el brazo hacia Hubert,—tomo a ese hombre bajo mi responsabilidad, no por el hombre, sino por la república. Me opongo a que se le cause daño alguno, ni hoy ni mañana, ni aquí ni en otro sitio. Resumo vuestro derecho en una palabra: publicar, no matar. El castigo por la luz, no por la violencia. Un acto de pleno día, no un acto nocturno. ¡La piel de Hubert! ¡Gran Dios! ¿qué vale eso? ¿qué haríais de la piel de un espía? Lo declaro, nadie tocará a Hubert, nadie le maltratará. Apuñalar a Hubert, sería degradar el puñal; abofetear a Hubert sería mancillar la bofetada.»

Estas palabras, que escribo hoy de memoria, fueron escuchadas con profunda atención y con una adhesión que crecía a cada palabra. Cuando torné a sentarme, estaba ya decidido el asunto. A decir verdad, no creo que Hubert, sean cuales fueren las violencias del principio, corriese en el acto peligro inmediato; pero el día siguiente podía ser fatal.

Cuando volvía a sentarme oí detrás de mí a un proscrito llamado Fillion, escapado de Africa, decir claramente:—Ved ahí lo que son las cosas; el espía se ha salvado. Había que obrar y no hablar. Esto nos enseñará a no perder el tiempo charlando.



Estas palabras fueron contestadas por un clamor general:—¡Nol ¡nol nada de violencia. Publicar los hechos, hablar a la opinión, pisotear a Hubert y la policía del imperio: eso es lo que hace falta.

Claudio Durand, Berlier, Rattier, Ribeyrolles y Cahaigne me felicitaron vivamente. Hubert me miraba con cara triste.

La sesión había quedado como suspendida después de mis palabras. Los proscritos del color llamado terrorista me dirigían miradas de cólera.

Fillion se me acercó diciéndome:—Tiene usted razón. Desde el momento que ya habían hablado, no podía hacerse nada. ¿Acaso, al ir a ejecutar un traidor, se pregona la ejecución por todas partes? Aquí estamos sesenta; sobran cincuenta y seis. Cuatro bastaban. En Africa tuvimos un asunto como este. Se descubrió que un tal Augusto Thomas era agente de policía, y, sin embargo, antiguo republicano, no sólo de la víspera sino también de todas las conspiraciones ocurridas de veinte años acá. La prueba la tuvimos un día a las nueve de la noche. Al día siguiente, el hombre había desaparecido sin que nunca más se supiera lo que había sido de él. Así es como se hacen estas cosas.

Quando yo iba a responder a Fillion, volvía a abrirse la sesión. Cahaigne alzó la voz:

—Sentaos de nuevo, señores. Habéis oído las palabras del ciudadano Víctor Hugo. Lo que propone es una pena moral.

—¡Sí, sí, bien!—gritaron muchas voces.

Cauvet, el hombre de buen humor que me había interrumpido, se agitó sobre la mesa en que estaba sentado.

—¡Hola! ¡eso sí que es bueno!—dijo.—¡Una pena moral! ¡y vais a soltar al hombre! ¡y mañana se irá a Francia a denunciar, a vender a todos nuestros amigos! Hay que matarle a ese granuja.

Había en esto una objeción seria. Hubert en libertad era peligroso.

Beauvais tomó la palabra:

—No hay necesidad de matarlo, y no se le soltará. Desde el mes de abril estoy alimentando y hospedando a Hubert, casi de balde, con gusto que-ria yo alimentar un proscrito; ¡siento y no quiero haber alimentado un espía! Ahora, el señor Maupas tiene que pagarme el gasto de Hubert. Son 83 francos. Mañana por la mañana, el señor Asplet agarrará a Hubert y nos lo encerrará en la cárcel por deudas; a menos que Hubert saque del bolsillo uno de los billetes de Banco del señor Maupas. He ahí una cosa que me agradaría ver.

Prorrumpieron en risas. En efecto, Beauvais había resuelto el problema.

—Sí—gritó Vincent;—pero de aquí a mañana, se habrá ido.

—Le vigilamos—dijo Boni.

—Registremosle—gritó Fombertaux.

—Sí, sí, registremos al espía.

Y una multitud corrió junto a Hubert.

—No tenéis derecho—exclamé—ni de vigilarle ni de registrarle. Vigilarle, es atentar contra su libertad; registrarle es tocar a su persona.

Además, registrarle era una candidez. Era evidente que, desde que empezaron las indagaciones, Hubert no debía tener encima nada que pudiese comprometerle.

Hubert exclamó:—¡Ah! ¡que me registren! Lo consiento.

La cosa no tenía nada de sorprendente.

—Consiente—dijeron los otros,—consiente, registremosle.

Yo los detuve. Pregunté a Hubert.

—¿Lo consiente usted?

—Sí.

—Tiene que dar el consentimiento por escrito.

—Lo daré.



Jarassé escribió el consentimiento y Hubert lo firmó. Entretanto, le registraban, pues no tuvieron paciencia para esperar la firma.

Vaciados y vueltos los bolsillos, no encontraron en ellos sino algunos sueldos, un gran pañuelo y un pedazo de la «Crónica de Jersey».

—¡Los zapatos! ¡Registrad los zapatos!—gritó una voz.

Hubert se descalzó y puso los zapatos sobre la mesa.

—No tenían dentro—dijo—más que los pies de un republicano.

Cahaigne tomó otra vez la palabra. Recordó mi proposición y la hizo adoptar. Ninguna mano se levantó en contra.

En tanto que se firmaba la proposición, Hubert se había calzado los pies y cubierto la cabeza; tomó otra vez la pipa que tenía sobre la mesa, y parecía buscar con la mirada a alguno que le ofreciese fuego para encenderla.

En aquel momento acercósele Cauvet y le dijo con voz amable:

—¿Quiéres una pistola?

Hubert no respondió.

—¿Quiéres una pistola?—repitió Cauvet.

Hubert guardó silencio. Cauvet insistió:

—Tengo una pistola en casa, y buena. ¿La quieres?

Hubert se encogió de hombros y empujó la mesa con el codo.

—¿La quieres?—repitió Cauvet.

—Déjeme en paz—dijo Hubert.

—¿No quieres mi pistola?

—No.

—Entonces, dame la mano.

Y Cauvet, completamente embriagado, tendió la mano a Hubert.

Hubert no se la dió.

Entretanto, yo hablaba con Cahaigne, que me de-

cia:—Ha hecho usted bien en disuadirlos de su intento, pero me temo que mañana vuelva la cólera a dominar a dos o tres como Avias, y lo maten en alguna esquina.

Yo no había firmado la declaración. Todos la firmaron menos yo.

Heurtebise me ofreció la pluma.

—Yo firmaré dentro de tres días—dije.

—¿Por qué?—preguntaron varios.

—Porque temo las calaveradas. Firmaré dentro de tres días, cuando esté seguro de que no se ha realizado amenaza alguna y de que no se ha hecho ningún daño a Hubert.

De todas partes gritaron:

—¡Firme usted! ¡Firme! No le harán ningún mal.

—¿Me lo aseguráis?

—Se lo prometemos.

Firmé.

Media hora después entré en mi casa. Eran las seis de la mañana. El viento norte que venía del mar, soplabá en la Roca de los proscritos; las primeras claridades del alba alegraban el cielo. Algunas nubecillas de plata jugueteaban en medio de las estrellas.

A aquella misma hora, el señor Asplet, avisado por Beauvais, prendía a Hubert y encarcelábale por deudas.

La mañana del 21 de octubre, a eso de las seis, un tal Laurent, que se apropió aquí el título de vicecónsul de Francia, presentóse en casa del señor Asplet. Iba, según decía, a reclamar a un francés detenido ilegalmente.

—Por deudas—dijo Asplet.—Y enseñó el auto de prisión firmado por el diputado vizconde M. Horman.

—¿Quiére usted pagar?—preguntóle Asplet.

El vicecónsul bajó la cabeza y se marchó.

Está en el destino de Hubert el ser mantenido



por los proscritos. En este momento le mantienen en la prisión, mediante seis peniques (13 sueldos) diarios.

Revolviendo papeles, he hallado una carta de Hubert. En esa carta, hay una frase triste: «El hambre es mala consejera».

Hubert ha padecido hambre.

— o o —

## DISCURSO DE RECEPCION

EN LA

ACADEMIA FRANCESA

Señores:

Al comenzar el presente siglo, Francia ofrecía a todas las naciones un magnífico espectáculo. Un hombre la llenaba y la hacía tan grande, que ella, a su vez, llenaba la Europa. Este hombre, salido de la oscuridad, hijo de un pobre gentilhomme corso, producto de dos repúblicas, por su familia de la República de Florencia y por sí mismo de la república francesa, había llegado en pocos años a la más alta realeza que quizás haya asombrado a la Historia. Era príncipe, por su genio, por su sino y por sus acciones. Todo en él denunciaba el legítimo poseedor de un poder providencial. Tenía a su favor las tres condiciones supremas: el acontecimiento, la aclamación y la consagración. Lo amamantó una revolución, lo escogió un pueblo y lo coronó un papa. Reyes y generales, marcados por la fatalidad, habían reconocido en él, con el instinto de sombrero y misterioso porvenir, al elegido del destino. El era el hombre a quien Alejandro de Rusia, que debía perecer en

(1) *Victor Hugo fué nombrado miembro de la Academia francesa por 18 votos contra 16, el día 7 de Enero de 1841.*—Nota del traductor.